

Los progresismos sudamericanos: Ideas y prácticas, avances y límites

Eduardo Gudynas

Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES), Montevideo.

Twitter: @EGudynas

Los llamados “progresismos” —o “nueva izquierda”— propios de gobiernos y agrupamientos políticos en América del Sur, han despertado una enorme atención. Han cosechado unos cuantos éxitos y, por ello, son fuente de inspiración para alimentar cambios posibles, pero también han sido objetivo de muchos cuestionamientos. Con el paso del tiempo se ha hecho frecuente que los progresismos sudamericanos quedaran envueltos en simplificaciones y exageraciones, sea para alabarlos o para rechazarlos.

Es necesario romper esas limitaciones y avanzar hacia análisis más rigurosos. Esa no es una tarea sencilla. ¿Cómo hurgar en los progresismos sin caer en una crítica conservadora maniquea? ¿Cómo explicar lo que realmente sucede en el Sur, pongamos por caso, a un ilusionado militante de las izquierdas en el Estado español? Estas y otras interrogantes se abordan en el presente capítulo. Se

..... nos
¿Cómo explicar lo que realmente sucede en el Sur, pongamos por caso, a un ilusionado militante de las izquierdas en el Estado español?

comparte un análisis sobre los progresismos, reconociendo que no se cubren todos los detalles, pero apuntándose a caracterizarlos sumariamente, a describir su evolución, su estado reciente y sus principales contradicciones.

Presentar a los progresismos

Los “progresismos”: conjunto de gobiernos, y sus bases de apoyo (partidos o movimientos político-partidarios), que reemplazaron a administraciones conservadoras o neoliberales bajo un viraje inicialmente hacia la izquierda. Este cambio, que se inició con la victoria electoral de Hugo Chávez en Venezuela en 1998 (asumiendo el gobierno en 1999), alcanzó su apogeo hacia fines de la década de los años 2000 e inicios de la de los 2010.

Este conjunto incluye las administraciones de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, de Evo Morales en Bolivia, de Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, de Rafael Correa en Ecuador, de Tabaré Vázquez y José “Pepe” Mujica en Uruguay, y de Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela. Puede argumentarse que integró este grupo Paraguay durante la presidencia de Fernando Lugo, hasta que fue depuesto, pero es muy discutible si las administraciones de Ricardo Lagos o la primera presidencia de Michele Bachelet en Chile fueron progresistas en forma parcial o intermitente. En su apogeo, los gobiernos progresistas estaban presentes en siete países de los doce en América del Sur, cubriendo un poco más de 300 millones de personas.

Estos gobiernos y sus bases de apoyo han usado varias denominaciones, además de la de progresistas, tales como nueva izquierda, socialismo del siglo XXI, bolivarianismo, etc. La etiqueta progresismo es la que se ha consolidado, ya que es utilizada por ellos mismos; un ejemplo de esto son los Encuentros Progresistas Latinoamericanos (ELAP), en los que participan estos gobiernos y sus bases de apoyo.

Surgimiento y diversidad

El giro hacia la izquierda supuso un cambio fenomenal en el escenario político sudamericano. Cristalizaron apoyos ciudadanos suficientes para derrotar electoralmente a los grupos políticos conservadores, se detuvo el empuje de reformas de mercado y se abandonaron las estrategias de austeridad. En esas etapas iniciales, se pregonó y se logró un regreso del Estado y las políticas públicas para atender temas urgentes, como la pobreza y el empleo. Sectores ciudadanos que habían sido marginalizados en sus derechos sociales y políticos, lograron ser protagonistas. Eso fue muy claro en Bolivia y Ecuador, donde el apoyo indígena y campesino fue clave para ganar las elecciones, encauzó el sentido de los cambios políticos y, además, dotó a estos de conceptos y sensibilidades que antes estaban ausentes.

..... NOS

El giro hacia la izquierda supuso un cambio fenomenal en el escenario político sudamericano

La profundidad de los cambios iniciales fue diferente bajo los distintos progresismos. En Brasil y Uruguay se mantuvieron dentro de las formalidades políticas y electorales, mientras que ocurrieron sublevaciones populares en Argentina, Ecuador y Venezuela, y solamente en Bolivia tuvo lugar lo que puede calificarse como una revolución.

De todos modos, en todos esos países era muy claro el entusiasmo y la pasión que despertaba esa renovación de la política. Se sucedían las movilizaciones ciudadanas en las calles, los debates políticos eran muy comunes, la reflexión era intensa, promoviendo todo tipo de eventos y publicaciones, y la militancia se hacía con orgullo.

Los primeros pasos de esos gobiernos tomaron dos posturas distintas. En unos casos se mantuvo el marco constitucional y la estructura básica del Estado que se heredaba (Brasil y Uruguay). En otros casos, se entendió que era necesaria una refundación nacional, incluyendo una nueva constitución y cambios sustanciales en el Estado (Venezuela, Bolivia y Ecuador). Bajo el llamado “nuevo constitucionalismo”, surgieron innovaciones notables, tales como apelar al concepto del Buen Vivir para reorientar el desarrollo o reconocer los derechos de la naturaleza, como ocurrió en Ecuador, o intentar construir un Estado plurinacional y una economía diversificada, como se observó en Bolivia.

Estas y otras medidas, especialmente las económicas, hicieron que aquellos progresismos iniciales fueran divididos en dos tendencias por analistas convencionales: una moderada o socialdemócrata, y la otra radical o revolucionaria (Petkoff, 2005). Los conservadores felicitaban la moderación de Lula da Silva en Brasil, pero criticaban a una izquierda carnívora expresada en Hugo Chávez de Venezuela. Distinciones de ese tipo son muy discutibles y poco útiles y ocultan un panorama más complejo (como se desprende de los análisis, por ejemplo, de Moreira *et al.*, 2008; Levitsky y Roberts, 2011; López *et al.*, 2012).

..... ~~~~

La profundidad de los cambios iniciales fue diferente bajo los distintos progresismos

Es así que, al considerar las bases de apoyo político, existen muchas situaciones distintas. Por ejemplo, el progresismo de Brasil y el de Uruguay descansan en partidos políticos formalizados (el Partido de los Trabajadores y el Frente Amplio). En cambio, en otro extremo se encuentran los agrupamientos más laxos y difusos en Ecuador y Bolivia (los “movimientos” en Alianza País y Movimiento al Socialismo, respectivamente). Una situación intermedia es la del kirchnerismo argentino, que descansa en el Frente para la Victoria, superpuesto parcialmente con el peronismo y asociado a otras corrientes, o los intentos de coordinación bajo el Partido Socialista Unido de Venezuela.

Los líderes en estos procesos también son muy diversos. Tenemos, por ejemplo, a Lula da Silva, que era un dirigente sindical; a Evo Morales, cuyo perfil corresponde más a un sindicalista que un líder indígena, y a Néstor Kirchner, quien era un caudillo político del sur argentino. Algunos entraron tardíamente a la política, como Tabaré Vázquez, que era un afamado médico; o Rafael Correa, que se desempeñaba en la academia y la burocracia estatal hasta ser promovido por los fundadores de Alianza País. Hugo Chávez fue un oficial del ejército, intentó un golpe de estado en 1992, fue encarcelado, luego perdonado, y de allí entró a la política.

Pero, más allá de esta diversidad, todos ellos y sus bases de apoyo se consideran parte de un mismo grupo, se reconocen mutuamente como progresistas, y se entienden como distintos de otro conjunto de gobiernos a los que califican como conservadores o neoliberales.

Los contenidos y los sentidos de los progresismos

Todos los regímenes progresistas conquistaron los gobiernos mediante elecciones, y se han mantenido dentro de las formalidades democráticas. En algunos países debieron enfrentar duras resistencias nacionales, tal como ocurrió por momentos en Ecuador, en Bolivia (donde incluso se amenazaba con un secesionismo) o en Venezuela (afectada por un intento de golpe de estado contra Chávez). También existieron fuertes presiones externas, sea de gobiernos o de agentes económicos.

Superaron todos esos problemas y se consolidaron. Lograron éxitos importantes en por lo menos tres áreas: crecimiento económico, reducción de la pobreza y apoyo electoral. Estos sucesos explican que en países afectados por la crisis económico-financiera, como el Estado español, se mirara con admiración y hasta cierta envidia la situación sudamericana.

A su vez, los progresismos significaron un cambio sustancial en los contenidos de los debates públicos. Aparecieron presidentes que citaban a Marx o Lenin, que se definían como socialistas o que atacaban agudamente al imperialismo. La retórica de izquierda, que estuvo por décadas relegada, ahora era defendida desde el propio Estado.

De estas maneras, en cada país se construyó un relato sobre el cambio político, cada uno con sus énfasis, aunque adquiriendo ribetes heroicos y míticos, por ejemplo, en Argentina o Venezuela. Basándose en un intensa y florida retórica, se presentaban los cambios hacia el progresismo como “revoluciones”, rechazando las continuidades o antecedentes que pudieran existir con las políticas previas. El relato exageraba los cambios positivos y ocultaba los problemas, dividía el campo político entre aliados y enemigos, y legitimaba las propias decisiones invocando a las clases populares.

..... NOS

Estos sucesos explican que en países afectados por la crisis económico-financiera, como el Estado español, se mirara con admiración la situación sudamericana

Los progresismos intentaron o exploraron distintas modalidades de desarrollo. Este ya no era entendido como un resultado espontáneo de liberalizar factores económicos, sino que debía existir una orientación o intervención estatal. Esto generó estrategias diversas englobadas bajo el nombre de “neodesarrollismos”. Estas incluyen al neodesarrollo de Brasil, la postura nacional-popular en Argentina, socialismos del siglo XXI en Ecuador o Venezuela, o el comunitarismo andino-amazónico en Bolivia.

En cualquiera de ellos, se entiende que el desarrollo es alimentado por el crecimiento económico, y para lograr esto deben crecer las exportaciones y las inversiones. El Estado debe participar en promover ese crecimiento, e incluso puede desempeñar el papel de empresario. Se fortalecieron o reconstituyeron las empresas estatales.

La expansión de las economías permitiría obtener financiamiento para programas que atacaran la pobreza, mejorar la base de empleo formalizado, expandir el consumo material y fortalecer el Estado. En una economía que crece, el Estado tomaría parte de esos excedentes y los volcaría a sus áreas de prioridad.

Estas no son estrategias neoliberales ni conservadoras, pero tampoco son una revolución postcapitalista, como algunos quisieran presentarlas (véase la diversidad de prácticas en Moreira *et al.*, 2008). Su heterodoxia queda sinceramente reflejada en dichos del presidente

Correa: “El modelo de acumulación no lo hemos podido cambiar drásticamente. Básicamente, estamos haciendo mejor las cosas con el mismo modelo de acumulación, antes que cambiarlo, porque no es nuestro deseo perjudicar a los ricos, pero sí es nuestra intención tener una sociedad más justa y equitativa.”¹

Tampoco puede minimizarse el hecho de que estos cambios ocurrieron en un contexto global muy particular en al menos tres frentes. Los precios de las materias primas subieron notablemente (por ejemplo, en alimentos, hidrocarburos y minerales). La demanda también era muy alta, en especial por las compras de China y otras economías emergentes. El colapso financiero y económico desencadenado por la crisis de Estados Unidos determinó que enormes volúmenes de capital abandonaron los países industrializados buscando opciones, entre otras cosas, en recursos naturales, tierras e infraestructura en América Latina.

De esta manera, entre 2003 y 2013, los países progresistas crecieron a altos ritmos, superando el desempeño de las naciones industrializadas y economías emergentes. Ejemplos de estos picos son un crecimiento del 18,3% en Venezuela, del 11,8% en Uruguay y del 8,2% en Ecuador

..... ~ ~ ~

La expansión de las economías permitiría obtener financiamiento para programas que atacaran la pobreza

1. Entrevista concedida a *El Telégrafo*, Quito, el 15 de enero del 2012.

en 2004; del 9,2% en Argentina (2005) y del 7,6% en Brasil en 2010; y del 6,8% en Bolivia en 2013 (datos de la base estadística de CEPAL). Paralelamente, también hay alzas en el valor total de las exportaciones y en la inversión extranjera. En varios países desaparecieron los déficits fiscales, se alcanzaron superávits en sus balanzas comerciales y se redujo el peso del endeudamiento (incluyendo la celebrada cancelación de la deuda de Argentina, Brasil y Uruguay con el FMI). Los presupuestos estatales crecieron, y, tras ello, aumentó el número de funcionarios públicos, y se mantuvieron o incrementaron diversos subsidios.

En esos años, para un observador europeo o norteamericano, los contrastes no podían ser mayores. Mientras que la crisis golpeaba a países como el Estado español o Grecia, las economías progresistas crecían a buen ritmo; mientras los discursos políticos en el Norte caían en simplismos conservadores, en Sudamérica se hablaba de revoluciones y socialismo, y lograban reducir el desempleo y la pobreza.

Pero un examen más atento obliga a precisar aspectos clave. Comencemos por reconocer que, aunque siguiendo otras vías, el progresismo de todos modos sigue anclado en las bases conceptuales del desarrollo, tales como la obsesión en el crecimiento y el consumo, y la negación de los impactos sociales y ambientales de estos. También debe advertirse que sus economías siguieron dependiendo de los llamados “extractivismos” (como la

explotación minera o la petrolera o los monocultivos para la exportación). No se rompió el papel de proveedores de materias primas que se arrastra desde épocas de la colonia (Gudynas, 2015).

Pero, a diferencia de las administraciones neoliberales, hubo progresismos que buscaron colocar al Estado como mediador necesario en esa apropiación de los recursos naturales. Fueron muy publicitadas las “nacionalizaciones” del petróleo en Venezuela y Bolivia. Sin embargo, en sentido estricto, en esos países los hidrocarburos ya eran “nacionales”. En realidad, se aumentó fuertemente la tributación, se fortalecieron los controles estatales, y en algunos casos ciertas actividades pasaron a empresas estatales. Con el tiempo, el progresismo se articuló con las corporaciones petroleras bajo mecanismos como inversiones conjuntas o los llamados contratos de servicios (distintas formas de tercerizar la extracción y comercialización con empresas transnacionales).

..... NOS
 Mientras que la crisis golpeaba a países como el Estado español o Grecia, las economías progresistas crecían a buen ritmo

La disputa más enérgica pasó a estar en captar una parte de los excedentes económicos de los hidrocarburos. Se llegó a un nuevo equilibrio entre los dineros que obtenían el Estado y las ganancias empresariales en los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela.

Pero la situación en otros sectores y otros países es mucho más variada de lo que usualmente se acepta. Por ejemplo, los progresismos mantuvieron la liberalización de la explotación minera, e incluso la favorecieron todavía más (como ocurrió en Bolivia, Ecuador y Uruguay). En la agricultura sucedió otro tanto, con un avance arrollador de los monocultivos de exportación a impulsos de empresas y comercializadores empresariales en Argentina, Bolivia, Brasil y Uruguay. Argentina fue el único país progresista que mantuvo un impuesto a las exportaciones de granos, especialmente soja; una medida que ningún otro gobierno repitió ni siquiera en la época de los altos precios.

Lo que resulta de esto es que mientras algunos progresismos denunciaban el capitalismo, y a veces intentaban controlarlo (por medio de empresas estatales en algunos sectores), por otro lado apelaron a insertarse en el capitalismo global como proveedores de materias primas. También acudieron a los mercados globales para compras de bienes de consumo que también alcanzaron picos históricos. El complemento del boom de los commodities fueron los récords de consumo y la proliferación de centros comerciales.

Bajo estas condiciones, la gestión ambiental progresista en general debilitó los controles y exigencias, toleró todo tipo de impactos y evitó que se convirtiera un obstáculo para sus prácticas neodesarrollistas, especialmente los extractivismos (Gudynas, 2015). Esto desembocó en deterioros de recursos clave, como el agua, pérdidas

de áreas naturales y persistencia de los problemas por contaminación.

En cambio, en el área social hubo avances importantes, con reducciones muy importantes en la proporción de la pobreza y una ampliación de la clase media. Por ejemplo, el nivel de pobreza en Bolivia a inicios de los 2000 era del 64% de la población, y cayó a 36,6 en 2011; en Ecuador, en aproximadamente ese mismo período, pasó del 61,6 al 33,6%. Los progresismos han presentado todo esto como uno de sus más grandes éxitos (y tienen mucha razón en hacerlo).

Aquí, el examen riguroso permite advertir que hubo niveles similares en la caída de la pobreza también en países bajo administraciones conservadoras (por ejemplo, en Perú del 54,7% en 2001 al 23,9 en 2013). Los instrumentos son similares, pero la organización y la legitimación son diferentes (Gudynas et al., 2008). Mientras para los gobiernos conservadores eran acciones subsidiarias y a veces ligadas a la caridad, los progresismos defienden el papel del Estado y las políticas públicas.

El instrumento más usado por los progresismos fueron los pagos mensuales o transferencias condicionadas, tales como Bolsa Familia en Brasil o los bonos de Bolivia o Ecuador. En este último país, por ejemplo, alcanzaron

..... ~~~~

En el área social
hubo avances
importantes,
con reducciones
muy
importantes en
la proporción de
la pobreza y una
ampliación de la
clase media

la más alta cobertura, con más del 40% de la población recibiendo alguna compensación). Aquí también las comparaciones son reveladoras, ya que la cobertura poblacional de estas ayudas condicionadas en gobiernos conservadores es similar (por ejemplo, tanto en Brasil como en Colombia están en el orden del 25%).

Las ayudas focalizadas son muy importantes para lidiar con la indigencia y en momentos de crisis, pero la evidencia muestra que para remontar la pobreza son mucho más efectivas medidas como formalizar el empleo, asegurar derechos de los trabajadores e institucionalizar la seguridad social.

Este entramado progresista sufría (y sufre) enormes tensiones. Los progresismos alientan y protegen el desarrollo basado en extractivismos, cuyos graves impactos ambientales y sociales generan cada vez más conflictos con comunidades locales, incluyendo campesinos e indígenas. Los progresismos se muestran incapaces de controlar más a esos emprendimientos, ya que necesitan parte de ese excedente. Son gobiernos que por un lado intentan regular el capital pero que por otro ceden ante este.

Los equilibrios entre esas condiciones opuestas se logran de variada manera, destacándose el papel de las compensaciones económicas (tanto directas como indirectas). Las usan para legitimarse como gobiernos de izquierda, y a la vez sirven para reducir la conflictividad social y ganar adhesión electoral. No necesariamente son efectivas ni el

volumen manejado es tan significativo como se supone, pero juegan un enorme papel simbólico. El peso de esas ayudas sobre el PBI está apenas en el orden del 0,3% en Bolivia, y de poco más del 1% en Ecuador (el país con la mayor cobertura). En este terreno, también las diferencias con los gobiernos conservadores se diluyen (por ejemplo, la proporción del gasto en Colombia es mayor que en Bolivia).

Todo esto desembocó en crear “Estados compensadores”, que captan parte de los excedentes económicos, los usan para mantener y ampliar su propia estructura, y para financiar variados programas de ayuda, subsidios, etc. Se pierden las discusiones sobre los sentidos del desarrollo, que son reemplazadas por luchas por acceder a mayores tajadas de esos excedentes. Ya no cuestionan, por ejemplo, el papel de la agroindustria o de la minería transnacionalizada, sino cuánto dinero se podrá obtener, quién lo reparte y cuánto le toca a cada actor. La multidimensionalidad de la justicia se reduce a una justicia económica redistributiva, y sobre todo a las compensaciones económicas.

Finalmente, en los progresismos se expresa una fuerte delegación democrática sobre el presidente (tal como la define O'Donnell, 1994). El presidente pasa a representar algo así como la esencia de la nación, y se considera que, una vez

..... NOS

Los
progresismos
alientan el
desarrollo
basado en
extractivismos,
cuyos graves
impactos
ambientales y
sociales generan
cada vez más
conflictos

que se ganan las elecciones presidenciales, no son necesarios otros contrapesos. Se debilitan otros instrumentos democráticos de consulta y participación ciudadana e incluso se limita el papel de otros poderes del Estado. El presidente y un pequeño grupo de allegados sienten que tienen una “misión casi sagrada que cumplir” y no reconocen aliados, sino “seguidores y súbditos, que son piezas a usar según la necesidad” (dice O’Donnell, 2009, para la situación argentina; entrevista en *Perfil*, Buenos Aires, 19 abril de 2009).

La gran divergencia

La maduración de los modos de practicar política, sus entendimientos sobre el desarrollo, o cómo organizaron el Estado, implicaron una divergencia cada vez mayor de los progresismos con las posiciones de las izquierdas que les dieron origen en la década de 1990. Esta es una cuestión clave para entender la situación sudamericana: “progresismos” e “izquierdas” no son sinónimos. De hecho, los progresismos actuales son regímenes políticos con identidad propia y diferente en varios aspectos a las izquierdas.

Para comprender esta particularidad, se debe tener presente que la categoría “izquierda” es también plural y debe ser manejada con precaución. La izquierda que lanzó al progresismo se nutrió de muy variadas tendencias, y de aprender de sus errores y saber renovarse. Logró articular demandas de amplios movimientos, hizo suyo el reclamo por la democracia y los derechos humanos. Por cierto que

no era un campo idílico y existían en su seno tensiones, peleas por el liderazgo y las resistencias desde viejas ideas, pero supo ser tolerante. Se articuló en lo que podría llamarse una “izquierda abierta” (parafraseando al “marxismo abierto” de Ernest Mandel), que intentaba no ser dogmática, sino tolerante, y se nutría con aportes diversos.

Esa izquierda abierta fue la que conquistó el poder. Pero con el paso del tiempo se transformó en otra expresión política: los progresismos, los que tienen su propia identidad. Ha tenido lugar una “gran divergencia” entre izquierda y progresismo.

Eso puede resultar contraintuitivo para muchos lectores en el Norte, y por ello merece ser precisado. Sin duda que los progresismos sudamericanos no son neoliberales, ya que sus modos de entender los papeles del Estado y el mercado los alejan de esas posiciones. De la misma manera, comparados con las políticas de los gobiernos conservadores europeos, están comparativamente a la izquierda. Incluso los dichos o acciones de gobiernos moderados, como el Frente Amplio de Uruguay, se ubican más a la izquierda de lo que intentaban en su momento las socialdemocracias del Viejo Mundo. Pero para un creciente número de sudamericanos está cada vez más claro que los progresismos actuales tienen diferencias sustanciales con aquellos programas de izquierda que cobijaron sus inicios. Es posible

..... ~ ~ ~

Los
progresismos
actuales son
regímenes
políticos con
identidad propia
y diferente en
varios aspectos a
las izquierdas

señalar algunos de los principales campos en los que esa divergencia se manifiesta (véase, además, el cuadro 1).

En las concepciones del desarrollo, las izquierdas de fines del siglo XX estaban lanzadas a debatirlo en profundidad, reivindicaban posiciones anticapitalistas y defendían alternativas, entre ellas abandonar la perpetua dependencia sudamericana de exportar materias primas. Los progresismos, por el contrario, pasaron a aceptar las bases conceptuales del desarrollo y elementos clave como el crecimiento económico. Lo organizan de otro modo, tal como se indicó arriba, pero todos ellos siguen basando sus economías en exportar materias primas; en sus discursos critican al capitalismo, pero sus prácticas económicas son capitalistas.

Asociada a posibles desarrollos alternativos, las izquierdas también combatían los esquemas convencionales de libre comercio y reclamaban enfrentar la globalización. En los tiempos iniciales, hubo iniciativas muy interesantes, como el “Tratado de Comercio de los Pueblos”, que era un contrapunto de Bolivia y Venezuela ante los convenios de libre comercio. Esos esfuerzos se estancaron, y solo permanece una retórica latinoamericanista. Hay avances en algunos planos (como la integración cultural), pero los estados progresistas siguen sin lograr coordinaciones productivas o económicas, aceptaron la gobernanza global, e incluso la refuerzan (como ocurrió con los gobiernos de Cristina Kirchner o Lula da Silva defendiendo a la Organización Mundial de Comercio).

Las izquierdas entendían que la justicia social era mucho más que el asistencialismo y que cubría un amplio abanico temático, de la educación a la alimentación, de la vivienda a los derechos laborales, y así sucesivamente. El progresismo en cambio, apunta sobre todo a una justicia como acceso al consumo material y como redistribución económica. Se vuelve frecuente que la justicia quede encerrada en peleas por los excedentes, mercantilizándose todavía más la vida social. En algunos gobiernos, como el de Correa en Ecuador, adquiere un sentido caritativo, entendida como ayudas de un Estado paternalista que se presenta como benévolo.

De manera análoga, las izquierdas sudamericanas habían incorporado la defensa de los derechos humanos, especialmente en aquellos países donde enfrentaron dictaduras militares. Algunos avanzaron más, con innovaciones como los derechos de la naturaleza o el Buen Vivir. Los progresismos poco a poco han abandonado esa prioridad, desatendiendo algunos derechos, incumpliendo otros, e incluso hay algunos gobiernos que amenazan con retirarse del Sistema Interamericano de Derechos Humanos. Regresaron las represiones policiales o militares contra la protesta ciudadana (Bolivia, Ecuador y Venezuela), y se toleran distintos tipos de violencia y espionaje (Argentina y Brasil).

..... ~~~~

Lo organizan de otro modo, pero todos ellos siguen basando sus economías en exportar materias primas

Otra divergencia notable ocurrió con la corrupción. La izquierda de fines del siglo XX era una de las más duras luchadoras contra la corrupción. Pero el progresismo comenzó a abandonar esa batalla, desoyendo las repetidas advertencias de ONGs y movimientos sociales. El escándalo de corrupción en Brasil, que involucra a actores político-partidarios, la petrolera Petrobras y otras grandes corporaciones, volvió a colocar la cuestión en el primer plano. Pero problemas similares se repiten en todos los demás países. Parecería que el progresismo no sólo es incapaz de luchar contra la corrupción, sino que ha pasado a aceptarla como un mal incorregible.

Las izquierdas hicieron suyo el compromiso con la democracia, pero a la vez buscaron ir más allá de las simples elecciones nacionales. Eso alimentó los experimentos para radicalizar la democracia. También este flanco fue abandonado por los progresismos que, si bien se mantienen formalmente democráticos, cayeron en delegaciones hiperpresidencialistas. No han dudado en impedir o recortar los mecanismos plebiscitarios, como ha ocurrido, por ejemplo, en Ecuador o Uruguay (en ambos países, como medio para imponer proyectos extractivistas).

En este terreno se ha superpuesto en América del Sur una intensa discusión sobre cuán populistas son los progresismos. Ese término, sin embargo, se volvió muy difícil de capturar, ya que es usado tanto en sentido positivo (indicando un gobierno basado en intereses y demandas del pueblo) como negativo (uso demagógico

de esa categoría para justificar crecientes autoritarismos). Como puede verse, aquí se ha caracterizado a los progresismos sin entrar en esa cuestión.

Sea por unas razones o por otras, los progresismos terminaran distanciándose de actores sociales clave, como indígenas, campesinos, ambientalistas o feministas, los que en el pasado fueron sus apoyos fundamentales. Los progresismos pasaron a depender de militantes “rentados” (en tanto funcionarios estatales), y han caído en hostigar a las organizaciones ciudadanas, se burlan de ellas (calificándolas, por ejemplo, de izquierda infantil o *deslactosada*) o intentan limitarlas o cooptarlas.

De la misma manera, mientras las izquierdas supieron convivir con la crítica y el debate, los progresismos contemporáneos tienen un talante muy diferente: no les gusta que se les cuestione, ignoran las advertencias, o las califican como si siempre fueran una expresión de las derechas. Los progresismos no quieren “librepensantes” (como ha ocurrido en Bolivia) y reclama seguidores fieles.

A su vez, las izquierdas insistían en que los discursos y las prácticas se correspondiesen entre sí. En cambio, en la actualidad es evidente que hay discursos progresistas que pueden ser muy radicales, pero las prácticas son muy

..... NOS

Los
progresismos
terminaron
distanciándose
de actores
sociales clave,
como indígenas,
campesinos,
ambientalistas o
feministas

otras o incluso contrarias. Por ejemplo, Pepe Mujica, de Uruguay, despertó admiración mundial con sus discursos internacionales sobre austeridad, ambiente y participación popular, pero dentro del país fue uno de los presidentes que más atacó la gestión ambiental, promovió el consumismo y trabó las más importantes iniciativas de democracia local. Evo Morales también ofrece fuertes discursos en defensa del ambiente y la Pacha Mama en los foros internacionales. Pero sus prácticas concretas, dentro de Bolivia, han apuntado a debilitar la gestión ambiental, tolerar todo tipo de deterioros ambientales y atacar a los ecologistas.

	<i>Izquierdas</i>	<i>Progresismos</i>
Desarrollo	Crítica, búsqueda de alternativas	Aceptación, no hay alternativas
Democracia	Ampliar y radicalizar	Electoralista, delegativa, hiperpresidencial
Derechos	Incorpora, amplía y fortalece	Estancamiento, suspensiones, recortes, retrocesos
Constitución	Cumplimiento, reformas, innovaciones	Incumplimientos, modificaciones, recortes
Corrupción	Lucha, denuncia	Acepta, encubre
Economía	Control sobre el mercado	Control sobre el mercado
Justicia	Multidimensional	Redistributiva, compensaciones
Movimientos ciudadanos	Simbiosis, apoyos	Control, cooptación, hostigamiento

Gráfico 1. Resumen de los elementos clave en la distinción entre izquierdas y progresismos

Evolución política

Existe una visión idealizada del cambio político sudamericano que se puede resumir en el pasaje de gobiernos conservadores hacia la izquierda, y desde allí se diversificarían distintas corrientes, tales como el chavismo venezolano o el lulismo brasileño (gráfico 2.a).

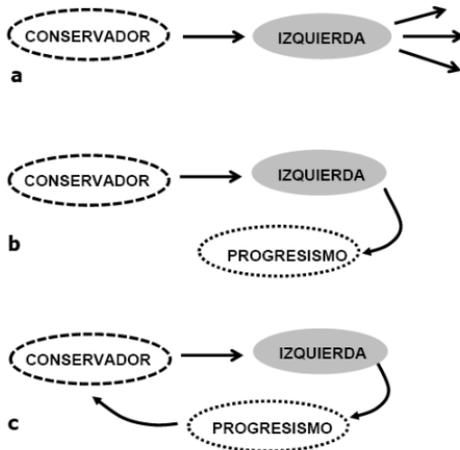
Como acabamos de analizar, esta evolución es más compleja. En distintos momentos comenzó la “gran divergencia” de la izquierda inicial con los progresismos, que se describe arriba (figura 1.b). Muchas referencias que se hacen desde otros continentes se enfocan en los primeros pasos de las izquierdas en los gobiernos. Un ejemplo es la invocación de Pablo Iglesias, del partido Podemos de El Estado español, al debate constituyente boliviano como fuente de inspiración para la izquierda europea (Iglesias, 2006). Siguiendo con ese ejemplo, parecería que no siempre se discierna que las ideas y las prácticas del MAS en la actualidad son muy distintas. De la misma manera, no puede pensarse que los las categorías de la política europea son aplicables a estos progresismos. Estamos ante un régimen político de nuevo tipo.

..... NOS
 Existe una
 visión idealizada
 del cambio
 político
 sudamericano
 que se puede
 resumir en
 el pasaje de
 gobiernos
 conservadores
 hacia la
 izquierda

Existe una tercera evolución, que ocurrió por ahora únicamente en Perú. Allí se intentó una impronta

de izquierda, que casi inmediatamente se convirtió en progresismo, pero luego retornó al ámbito conservador. Ollanta Humala logró la presidencia prometiendo un programa de acción que se correspondía con el progresismo, y fue apoyado por grupos de izquierda que incluso participaron en su gabinete. Al asumir Humala el poder, en julio de 2011, enfrentó un serio conflicto por la resistencia ciudadana al proyecto minero Conga. Humala debía optar entre profundizar un viraje a la izquierda o ceder al extractivismo minero. Escogió la opción minera, desencadenando una crisis ministerial, la ruptura con los grupos de izquierda, y de allí en más su administración rápidamente se volvió conservadora. Podría decirse que la intentona progresista en Perú duró cuatro meses, dejando muy en claro el enorme poder que tienen las estrategias de desarrollo convencional. Es un hecho que, además, tiene algunas analogías con el ascenso de Syriza en Grecia, con su promesa de cambio radical, pero para después claudicar ante la Unión Europea.

Gráfico 2. Distintas evoluciones políticas sudamericanas entre gobiernos conservadores, izquierdas y progresismos. Representación esquemática.



El agotamiento y las herencias

Entre los analistas, las revisiones ilusionadas con los progresismos de hace casi diez años (por ejemplo, Natanson, 2008) comenzaron a quedar sin sustento en varios sentidos. Los estudios más recientes, en cambio, muestran las tensiones y contradicciones (por ejemplo, los ensayos en Cuví, 2014, para Ecuador, y en Gervasoni y Peruzzotti, 2015, para Argentina; o la revisión de Wanderly, 2013, para Bolivia). No siempre tan visibles, los aportes desde organizaciones ciudadanas advirtieron de estos problemas desde mucho antes.

Estas dificultades son ahora evidentes. Las estrategias de desarrollo progresistas suman más oposición al acumularse sus impactos sociales y ambientales, y el desempeño económico empeora, sobre todo por la caída de los precios de las materias primas que exportan. A su vez, las contradicciones entre los dichos y las prácticas se vuelven más evidentes. Este tipo de situaciones explica que el MAS de Bolivia perdiera el gobierno de distritos clave en las elecciones departamentales, la derrota del kirchnerismo en Argentina, o el colapso del PSUV en las legislativas venezolanas. En Ecuador, el gobierno Correa enfrenta repetidas protestas, y en Uruguay, el Frente Amplio está sumido en una agria disputa interna.

..... NOS

Las estrategias de desarrollo progresistas suman más oposición al acumularse sus impactos sociales y ambientales, y el desempeño económico empeora

Posiblemente, la más conocida a nivel internacional sea la crisis política que vive la administración de Dilma Rousseff en Brasil, que envuelve al Partido de los Trabajadores y otros aliados. Existían muchos antecedentes de problemas, especialmente en grandes ciudades, pero todo se agravó al estallar el caso de corrupción con la petrolera Petrobras. Quedó en evidencia un entramado de pagos ilegales, favores y sobornos entre empresarios, políticos y funcionarios estatales.

Ante esta situación, los analistas sudamericanos parecen dividirse en dos diagnósticos. Por un lado están los que identifican un “final” del ciclo progresista, y por otro hay quienes consideran que estamos ante su “agotamiento”. Esta última posición es la más adecuada, ya que existen distintos progresismos que siguen en los palacios de gobierno (por ejemplo, Correa en Ecuador, Morales en Bolivia o Vázquez en Uruguay). Incluso allí donde sus gobiernos están arrinconados (Brasil o Venezuela) o perdieron las elecciones (Argentina), el progresismo subsiste en sus grupos parlamentarios y apoyos ciudadanos.

Este agotamiento no se debe únicamente a la adversa coyuntura económica, sino que expresa dinámicas políticas que pueden ser ordenadas por lo menos en tres dimensiones. La primera es la pérdida de su capacidad de innovación o renovación en las ideas y prácticas; la segunda está en que finalmente asumen como fatalidad no poder resolver una serie de cuestiones clave que habían prometido solucionar; y, finalmente, un cambio en

el balance de las prioridades donde se ponen casi todas las energías en permanecer con el poder estatal.

En el primer caso, los progresismos perdieron la capacidad de innovación política. Recordemos que las izquierdas iniciales eran muy innovadoras, pero los progresismos actuales se han anquilosado. Por si fuera poco, aparecen medidas que son retrocesos, como planes de austeridad (el caso de Rousseff en Brasil), o aceptar a las conservadoras alianzas público-privadas (defendidas por Correa en Ecuador).

Se defienden insistiendo en que no hay otras opciones. Por ejemplo, Cristina Kichner decía: “A mi izquierda, ¿saben qué hay? ¡La pared! Nada más” (discurso del 14 de agosto de 2014). Se construye así una posición de “no hay alternativas”, que recuerda al “there is no alternative” de los neoliberales del Norte, aunque aquí se la expresa desde otras ideologías.

En la segunda dimensión recordemos que los progresismos habían prometido solucionar problemas persistentes en cuestiones como la educación, la salud, la vivienda popular, la violencia y criminalidad urbanas, y la corrupción. Se podrá discutir los avances, estancamientos o retrocesos en cada uno de esos aspectos en los diferentes países, pero lo cierto es que, en general,

..... NOS
 Por un lado están los que identifican un “final de ciclo” progresista, y por otro hay quienes consideran que estamos ante su “agotamiento”

la situación no ha mejorado sustancialmente en la mayoría, y que incluso hay algunos retrocesos. Persisten problemas como la calidad de la enseñanza secundaria o los servicios de salud pública realmente disponibles para los sectores populares. Propuestas sustanciales, como crear un estado plurinacional y una economía diversificada en Bolivia, no se concretaron y parecería que fueron abandonadas.

El manejo de la corrupción es tal vez la más dramática expresión de este cansancio. El actual progresismo parece aceptar que la corrupción es endémica a los sistemas políticos y abandona la pretensión de erradicarla. Surgen explicaciones sorprendentes, como las que dicen que nada se le puede reprochar al brasileño Partido de los Trabajadores porque todo el sistema político de ese país es corrupto. Hay en esto un ánimo fatalista, se bajan los brazos a la tarea de erradicar la corrupción y solo se miran sus costos electorales.

La tercera dimensión es un cambio en el balance de los esfuerzos políticos. Antes, la fuerza y el empuje estaban en los nuevos ensayos e innovaciones, en responder a las exigencias populares. Ahora, en cambio, se dedica cada vez más energía a retener el poder estatal en sí mismo. Los pesos en esta balanza cambiaron, y dominan acciones como destinar cuantiosas cifras a la publicidad estatal, intentos de encauzar a la prensa, controlar ONGs, reformas electorales, buscar reelecciones presidenciales e incluso modificar las constitucionales.

Un caso extremo acaba de ocurrir en Ecuador, donde el presidente Correa impuso enmiendas constitucionales, incluyendo la reelección, pero esquivó la consulta ciudadana. Además, se tejen alianzas electorales con actores o grupos conservadores que antes eran impensables, y el progresismo las defiende con una vehemencia llamativa. Es como un regreso de una vieja política, propia de sectores conservadores, donde cualquier alianza o maniobra era defendida para poder mantenerse en el gobierno o sacar una ventaja en la próxima elección. El progresismo parece que está utilizando la poca energía que le resta no tanto en resolver problemas de políticas públicas o revitalizar sus bases partidarias, sino en retener el control estatal.

Ante este agotamiento, los debates arrecian, generándose situaciones muy entreveradas. En una primera aproximación, se encontrarán discusiones que manejan argumentos muy precarios. Actores desde las derechas convencionales aprovechan la situación actual para lanzar duras críticas contra los progresismos, y, a su vez, éstos últimos responden con defensas simplistas; unos acusan a los progresismos de todos los males, y los otros los presentan como un paraíso popular y revolucionario.

Pero, en un plano más profundo, está en marcha otra discusión que intenta ser más rigurosa, sin ataduras con

..... ~ ~ ~

Unos acusan a los progresismos de todos los males, y los otros los presentan como un paraíso popular y revolucionario

los gobiernos, pero comprometida con los movimientos sociales. En ese terreno, es oportuno rescatar las advertencias realizadas desde las izquierdas no progresistas sobre los nuevos contextos políticos que están cristalizándose. Es que, a medida que los progresismos se refuerzan a sí mismos, más difícil se vuelve el retomar una senda de cambios hacia la izquierda. Esta preocupación, que puede resultar extraña desde una mirada europea, merece una explicación que comience con un ejemplo.

En Bolivia, el gobierno del MAS ha llevado a extremos su intención de encauzar y controlar a las organizaciones de la sociedad civil. Se incidió en el seno de federaciones de indígenas, campesinos y obreros, y, cuando no pudieron ser controladas, se alentó su división entre unas que apoyaran al Gobierno y otras autónomas. Se aprobó un nuevo marco legal para las ONGs que les exige asociarse a ministerios específicos y apoyar los planes de desarrollo gubernamentales, y aquellas que no cumplen son duramente criticadas desde la prensa, se les restringe su funcionamiento y se amenaza con su clausura.

Si estos esfuerzos tuviesen éxito, ¿cuáles serían sus resultados en un futuro inmediato? La respuesta es clara: desembocaríamos en una sociedad con enormes limitaciones para su autoorganización, un mundo sin voces críticas, con pocas ONGs independientes, y con limitaciones para el activismo político. Este tipo de condiciones han sido el sueño de los partidos conservadores y de los neoliberales más extremos, mientras que a la vez expresan un esce-

nario muy duro para cualquier reconstrucción desde las izquierdas. Si en Bolivia un partido conservador ganara una próxima elección, se encontrará con ese paraíso de una sociedad civil debilitada y amedrentada.

Este ejemplo muestra que estamos en una situación en la que, si bien los progresismos dejan legados positivos en algunos terrenos, hay otras herencias que son negativas, y algunas de ellas impiden nuevos avances hacia la izquierda. Esto mismo se repite en otros ámbitos que ya se discutieron arriba, que van desde estrategias de desarrollo ligadas a la exportación de materias primas, hasta un encogimiento de la justicia sobre las compensaciones económicas.

..... ~~~~

A medida que los progresismos se refuerzan a sí mismos, más difícil se vuelve el retomar una senda de cambios hacia la izquierda

Las lecciones aprendidas y los nuevos desafíos

Si bien apenas se está iniciando la evaluación del desempeño de los progresismos, es posible compartir algunas primeras lecciones. Es justo comenzar por resaltar que su surgimiento muestra que los grandes cambios políticos son posibles, aun bajo condiciones muy restrictivas, como las que existían bajo la dominancia de talante neoliberal de fines del siglo XX.

Los progresismos, además, lograron éxitos en cuestiones críticas, como sacar de condiciones de pobreza a millones de familias y devolver el orgullo y protago-

nismo a actores sociales que habían estado relegados por largo tiempo.

La construcción de un relato épico pudo ser importante, pero la experiencia muestra que no fue suficiente para sostener una orientación política hacia la izquierda, ni la calidad de la gestión estatal. Es más, las posturas convencionales de desarrollo resultaron ser tan potentes y estar tan profundamente arraigadas, que desembocaron en situaciones como la testaruda defensa de los extractivismos. Los progresismos no consiguieron implantar alternativas a esas condiciones y quedaron subordinados al capital y la globalización. También quedaron atrapados en una visión economicista de la justicia, que insistía en el uso de las compensaciones económicas.

Queda en claro que una renovación de las izquierdas necesariamente debe explorar alternativas a las bases conceptuales del desarrollo, y no puede contentarse con intentar apenas otros arreglos instrumentales. Esa nueva izquierda también debe superar otras limitaciones de los progresismos, en asuntos fundamentales como la protección ambiental o el respeto a los pueblos indígenas.

El papel de los liderazgos personales fue importante en las etapas iniciales, ya que a su alrededor coagularon muchas demandas sociales. Pero luego se convirtió en un lastre para la gestión estatal y para el fortalecimiento de los sustentos político-partidarios. Una reconstrucción desde las izquierdas debe basarse, por el contrario, en

sustentos políticos colectivos, con rotaciones entre las personas, adecuados mecanismos democráticos en el interior de sus agrupamientos partidarios y vigorosos lazos con los movimientos sociales.

Podría decirse que por un lado los progresismos triunfaron, manteniéndose en los gobiernos por largo tiempo. Pero también que por otro lado fracasaron, ya que para sostenerse perdieron su propia esencia de izquierda. Con el paso de los años ocurrió una metamorfosis que cristalizó en los progresismos como un régimen político con otra identidad, que no son conservadores pero tampoco expresan a las izquierdas que los promovieron.

Esa divergencia indica, además, que es un error plantearse como objetivo último y esencial ganar la elección y controlar el gobierno, diciendo que ya no tiene sentido discutir qué es ser de izquierdas. Cuando eso ocurrió, se acentuó el estancamiento político y se crearon condiciones que impidieron futuros avances hacia la izquierda.

Más allá de estos claroscuros, no puede dejar de reconocerse que hemos sido testigos de una enorme vitalidad política en América del Sur. La intensidad y la envergadura de esos cambios muestran a un continente en movimiento, y ofrecen aprendizajes preciosos para alumbrar nuevas alternativas.

..... NOS

Queda en claro que una renovación de las izquierdas necesariamente debe explorar alternativas a las bases conceptuales del desarrollo

Bibliografía

CUVI, J. (ed.) (2014). *La restauración conservadora del correísmo*. Quito: Montecristi Vive.

GERVASONI, C.; PERUZZOTTI, E. (eds.) (2015). *¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo*. Buenos Aires: Debate.

GUDYNAS, E.; GUEVARA, R.; ROQUE, F. (2008). *Heterodoxos. Tensiones y posibilidades de las políticas sociales en los gobiernos progresistas de América del Sur*. Montevideo: CLAES y OXFAM.

GUDYNAS, E. (2015). *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la naturaleza*. Cochabamba: CEDIB.

IGLESIAS TURRIÓN, P. (2006). "Bolivia: Asamblea constituyente y revolución", *Diagonal*, 34: 6.

LEVITSKY, S.; ROBERTS, K. M. (eds.) (2011). *The resurgence of the Latin American left*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

LÓPEZ, L.; MOLINA, M.; PARDO, D.; PIEDRAHITA, J.; ROJAS, L.; TEJEDA, N.; ZELIK, R. (coords.) (2012). *¿Otros mundos posibles? Crisis, gobiernos progresistas, alternativas de sociedad*. Medellín: Universidad Nacional Colombia y F. R. Luxemburg.

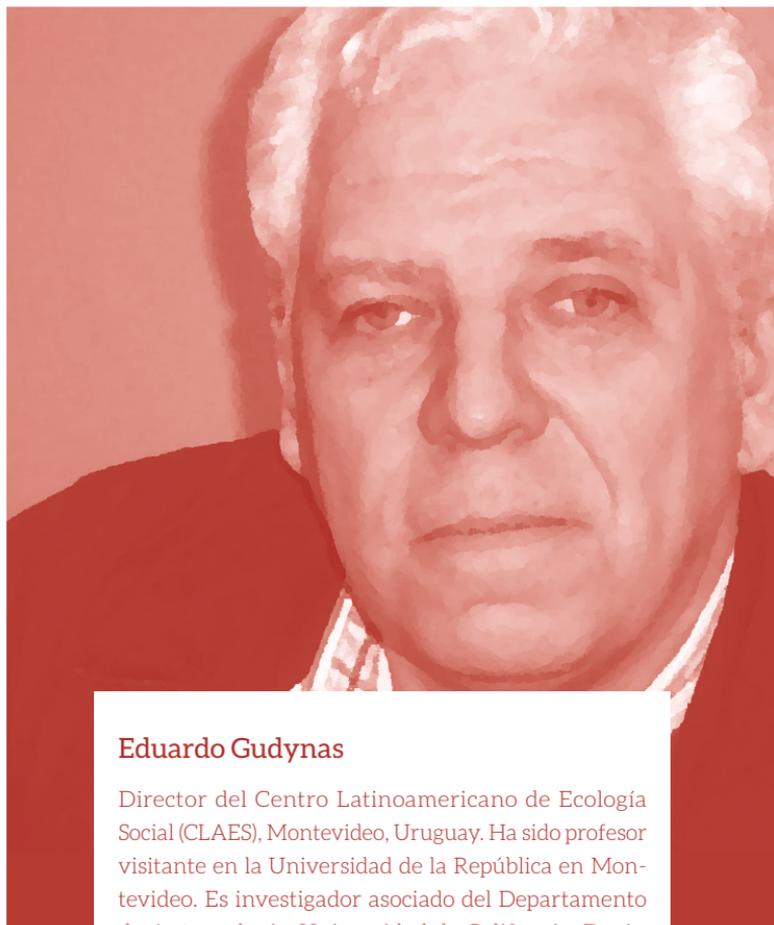
MOREIRA, C.; RAUS, D.; GÓMEZ LEYTIN, J. C. (coords.) (2008). *La nueva política en América Latina. Rupturas y continuidades*. Montevideo: FLACSO Uruguay, Universidad Nacional Lanús y Universidad Arcis.

NATANSON, J. (2008). *La nueva izquierda*. Buenos Aires: Debate, Buenos Aires.

O'DONNELL, G. (1994). "Delegative democracy", *Journal Democracy*, 5 (1): 55-69.

PETKOFF, Teodoro (2005). "Las dos izquierdas", *Nueva Sociedad*, 197: 114-128.

WANDERLEY, F. (2013). *¿Qué pasó con el proceso de cambio? Ideales acertados, medios equivocados, resultados trastocados*. La Paz: CIDES UMSA y Plural.



Eduardo Gudynas

Director del Centro Latinoamericano de Ecología Social (CLAES), Montevideo, Uruguay. Ha sido profesor visitante en la Universidad de la República en Montevideo. Es investigador asociado del Departamento de Antropología, Universidad de California, Davis; miembro del Grupo de Expertos sobre alternativas al desarrollo de la Fundación Rosa Luxemburgo, de Quito. Mantiene una labor constante de formación en diferentes universidades de América y Europa, así como con organizaciones de la sociedad civil y movimientos sociales, en temas como el Buen Vivir, los derechos de la naturaleza y las transiciones al post-extractivismo.